

hombres de bien que la elegancia pertenece á las mujeres y á los hombres el trabajo, y que para nosotros las armas son el mejor de los adornos.»

Y todavía continuó mucho tiempo flagelando en su rudo lenguaje la codicia, la necedad y el orgullo de los nobles; tres vicios, decía Mario, tres vicios que hasta entonces habían protegido al rey Yugurta.

Pero más grave que estas rencorosas palabras fué el hecho de abrir las legiones á los proletarios (1), como que en esta audaz medida palpaba toda una revolución. Hasta entonces no se habían admitido en el ejército sino hombres que, poseyendo algunos bienes, daban á la república una prenda ó garantía de su fidelidad. Cuando Mario dió armas al populacho, el servicio militar, en vez de ser un deber cívico, fué ya solo un oficio, y los pobres que en la ciudad vendían sus votos, en el campo de batalla venderían su valor. Por espacio de ochenta años, las legiones no serán ya los ejércitos de la república, sino de los caudillos, que sabrán muy bien comprarlas á precio de la indisciplina, del botín ó de la gloria.

IV. — MANDO DE MARIO EN LA NUMIDIA (107-105).

El senado no había querido irritar con una resistencia inútil la oposición popular que se formaba alrededor de Mario, y los preparativos de su partida se hicieron con la mayor rapidez: dinero, víveres, armas, equipos de todas clases, Mario obtuvo todo lo que quiso pedir. La noticia de las ventajas obtenidas por Metelo apresuró más su partida.

Este general, al abrir su tercera campaña, había dispersado otra vez el ejército nómada y rechazado al rey al desierto. Con algunos *jinetes reales* y los tráfugas, pudo Yugurta llegar á la plaza fuerte de Tala, donde estaban encerrados sus hijos y sus tesoros. Metelo no temió arriesgar su ejército en aquellas soledades sin cultivo y sin agua. Entre Tala y el río más inmediato, en un espacio de 50 millas, no se encuentra más que una llanura árida y desierta. Metelo dejó atrás toda su impedimenta, reunió gran número de bestias de carga, para llevar trigo y agua para diez días, y luego organizó convoyes que los indígenas debían conducir á día fijo. Así pudo sin peligro obstinarse por espacio de cuarenta días en el sitio de esta plaza; sino que cuando la tomó, se había evadido ya Yugurta con todos sus tesoros. Amenazado por la traición, perseguido sin descanso por un enemigo infatigable, este príncipe no sabía dónde reclinar la cabeza. Desde la conspiración de Bomílcar y de Nabdalsa, uno de los más ilustres jefes nómadas, no se fiaba de ninguno de sus servidores, ni se atrevía á dormir dos veces seguidas en el mismo sitio.

Mucho tiempo anduvo errante en los desiertos de los gétulos; su reputación y sus tesoros atrajeron á su alrededor á aquellos bárbaros, que él armó y disciplinó, y hallándose entonces al frente de fuerzas numerosas, trató con su suegro Bocco, rey de Mauritania. Ya irritado este príncipe de que el senado hubiera desechado su alianza al principio de la guerra, veía con espanto los desastres de Yugurta. Su yerno tuvo poco que hacer para arrastrarlo á su favor, y reuniendo los dos reyes sus fuerzas, marcharon hacia Cirta bajo cuyos muros se había atrincherado Metelo. Allí supo éste que se le había relevado del mando y que estaba para

llegar su odioso rival. Por no verlo siquiera, encargó á Rutilio de entregarle el ejército y partió para Roma, donde sus amigos hicieron que se le diera el triunfo con el sobrenombre de Numídico. Un tribuno del pueblo lo acusó, sin embargo, de concusión; pero cuando presentó sus cuentas á los jueces, éstos desviaron la vista y lo despidieron absuelto.

La guerra no estaba terminada, sin embargo: Yugurta y Bocco, siempre retirados en parajes inaccesibles, seguían de lejos el nuevo ejército de Mario esperando encontrar



Bocco (2)

una ocasión favorable para caer sobre las inexpertas legiones. Pero el cónsul, hábilmente servido por sus espías, sabía día por día lo que hacía el enemigo y prevenía todos sus designios. En muchas escaramuzas batió bravamente á los gétulos y en poco estuvo que en un encuentro cerca de Cirta no matara á Yugurta por su propia mano.

Luego que hubo aguerrido así á sus tropas, adoptó el sistema de Metelo. De todas las hazañas de este general, la más celebrada fué la toma de Tala. Mario fué á atacar más lejos, en el desierto, en medio de una llanura infestada de serpientes, la ciudad de Capsa, y la tomó en un día, sin perder un solo soldado; lo que no le impidió incendiarla, matar todos los jóvenes y vender los demás habitantes.

(2) Estatua de la colección Mattei. M. Brosse ha creído que esta estatua representa al rey Bocco. Nosotros creemos con Clarac que más bien representa á un rey asiático. Las partes desnudas son de mármol gris; las ropas de alabastro con grandes manchas, lo que hace particularmente interesante esta estatua.

(1) *Ipsæ militēs scribere, non more majorum, neque ex classibus, sed uti cuiusque lubido erat, capite censos plerosque* (Sal., Jug., 86). Y aún de esta frase tan verdadera: *homini potentiam quarerenti egentissimus quisque opportunissimus.*

Muchas otras ciudades fueron tomadas ó abandonadas por sus habitantes y entregadas á las llamas.

Hasta entonces se había concentrado la guerra en la parte de la Numidia limítrofe á la provincia romana; Mario la llevó al otro extremo, hacia las fronteras de la Mauritania.

No lejos del *Mulucha* ó *Malva* (Muluya), frontera común de los nómadas y los moros, se alzaba en medio de la llanura un montículo coronado por una fortaleza, á que sólo daba acceso un estrecho sendero, limitado á una y otra mano por grandes precipicios. Yugurta había depositado allí parte de sus tesoros, gran provisión de víveres y una buena guarnición, provista copiosamente de agua de pie. Imposible expugnar aquella posición con los medios ordinarios, las terrazas, las torres, los manteletes; y sin embargo, Mario tenía mucho empeño en tomarla. Un ligur que servía en las cohortes auxiliares, hubo de salir un día del campamento á buscar agua, dió vuelta al montecillo y al lado opuesto al ataque vió unos caracoles que subían por la roca. Ayudándose con pies y manos trepó á la roca para cogerlos y añadirlos á su ordinario sustento, y más y más interesado tras ellos fué subiendo tan arriba que llegó al pie de una encina cuya copa llegaba á la cima del montículo. De las ramas del árbol pudo saltar á esta altura y desde allí vió la fortaleza á sus pies y á la guarnición que se burlaba de los vanos esfuerzos de los romanos.

Sobre la referencia que hizo de su excursión, dió Mario orden á cinco trompetas, escogidos entre los más ágiles, y á cuatro de sus más bravos centuriones de renovar el escalamiento del ligur. Siguiéronle éstos llevando á la espalda la espada y el escudo, hecho de cuero á fin de que pesara menos y no hiciera ruido al choque, y el soldado que les precedía ató á las raíces y á las puntas de las rocas cuerdas con que se ayudaran sus compañeros. Sostenía también con la mano á los que flaqueaban en camino tan peligroso, y cuando éste aumentaba en algún punto demasiado difícil les hacía pasar uno tras otro sin armas, que él llevaba detrás de ellos.

Por fin llegaron á la cima. Todos los nómadas estaban ocupados en los muros en rechazar un violento ataque. Pero cuando oyeron las trompetas y vieron por encima de sus cabezas soldados y armas, creyeron que el ejército romano estaba ya en la plaza y sobrecogidos de terror, huyeron dejando que Mario, que dirigía el ataque, tomara la muralla (1).

A este sitio vino Sila, su cuestor, á incorporarse con un escuadrón de caballería latina. Difícil hubiera sido reunir dos hombres de carácter más opuesto. Sila, de la ilustre familia Cornelia, pero de una rama que hasta entonces había estado oscurecida, amaba tanto las nuevas costumbres, el placer, la elegancia de las maneras y del lenguaje, como Mario las odiaba. Pródigo de sus bienes como de su amistad, ávido de gloria, valeroso, elocuente y activo é infatigable, muy luego se hizo querer de los soldados y oficiales, y hasta el mismo Mario distinguió con su cariño á aquel joven noble que no contaba con sus antepasados.

Yugurta había perdido sus ciudades y sus fortalezas, y para decidir á Bocco á arriesgar una gran batalla, su última esperanza, le prometió una tercera parte de su reino. Sorprendido el ejército romano por los dos reyes en una marcha, estuvo cercado toda una noche en una colina; pero al amanecer, recobraron la ventaja los legionarios é hicieron gran matanza de gétulos y moros. Otra sorpresa intentada cerca de Cirta puso momentáneamente en peligro á las legiones. En medio de la refriega, gritaba Yugurta á los ro-

manos mostrando su ensangrentado hierro y diciendo que había dado muerte á Mario por su propia mano; y ya se introducía el desaliento y con el desaliento el desorden entre los legionarios, cuando sanos y salvos acudieron Sila y Mario mismo. Los dos reyes se pusieron en precipitada fuga, y sólo á esto debieron su salvación.

La fidelidad de Bocco no fué más allá de este doble desastre, y cinco días después solicitó tratar. Mario envió al senado los diputados del rey, y el senado contestó: «El pueblo romano jamás olvida las injurias ni los servicios: perdona, sin embargo, á Bocco, puesto que se arrepiente; pero en cuanto á la alianza y amistad de Roma, no las obtendrá hasta que haya sabido merecerlas.» Reserva siniestra que el bárbaro comprendió.

A nuevas instancias de Bocco, Mario confió á su cuestor la peligrosa misión de atravesar toda la Numidia y buena parte de la Mauritania para ir á conferenciar con el rey.

Los retóricos se apoderaron de esta situación para trazar el cuadro dramático de las incertidumbres de Bocco, el cual se inclinaba un día á entregar á Yugurta á los romanos, y el día siguiente, al contrario, á entregar á Sila á Yugurta (2). La primera traición terminaba la guerra y aseguraba á Bocco una provincia; la segunda atraía sobre él todas las venganzas de Roma, sin darle una probabilidad de éxito ni quitársela tampoco á Mario. En esto no debió pensar siquiera. Ello es que llamado Yugurta á una conferencia con su suegro fué cargado de hierros y entregado á Sila, el cual le hizo atravesar encadenado todo su reino (106).

Era costumbre que un general vencedor no abandonara el país que había conquistado sino después de organizarlo en consonancia con los intereses de Roma, y con esto, Mario pasó aún cerca de dos años en Numidia. Quisiéramos saber lo que hizo allí; pero no se trataba ya entonces de grandes combates, de peligrosas escaladas, de trágicas aventuras; las obras de la paz, trabajos de hábil previsión no se prestaban á la elocuencia. Salustio no dice una palabra y termina su historia en la prisión de Yugurta.

Antes de salir de Africa, arregló Mario la suerte de su conquista y con favores hábilmente distribuidos, se hizo allí clientes, cuyos hijos, fieles á las amistades paternales, hubo de encontrar César. Bocco recibió la Numidia occidental (provincia de Argel y Orán) y el Africa romana se aumentó con una parte de la Numidia oriental. El resto del reino se cedió á Gauda, último príncipe de la antigua familia real. Tenía el senado en aquellos momentos negocios demasiado graves para tomarse el embarazo de formar una nueva provincia en un país ingobernable aún, porque no había en él nada en que pudiera apoyarse Roma para conservarlo. Prefería entregar este reino debilitado á prin-

(2) Según Apiano, el proyecto de entregar á Yugurta era cosa resuelta desde mucho tiempo atrás (*Numid.*, fragm., 4). Salustio cree las vacilaciones de Bocco, pero su misma narración prueba lo contrario. Yugurta estaba aún al frente de una tropa numerosa y fiel; tenía inteligencias con los moros, y á la menor sospecha se hubiera lanzado al desierto. Para traerlo alejándolo de los suyos, se necesitaba mucha doblez, y Bocco, que estaba en tratos con Mario hacía tiempo, tuvo toda la necesaria para llevar á buen término su traición.

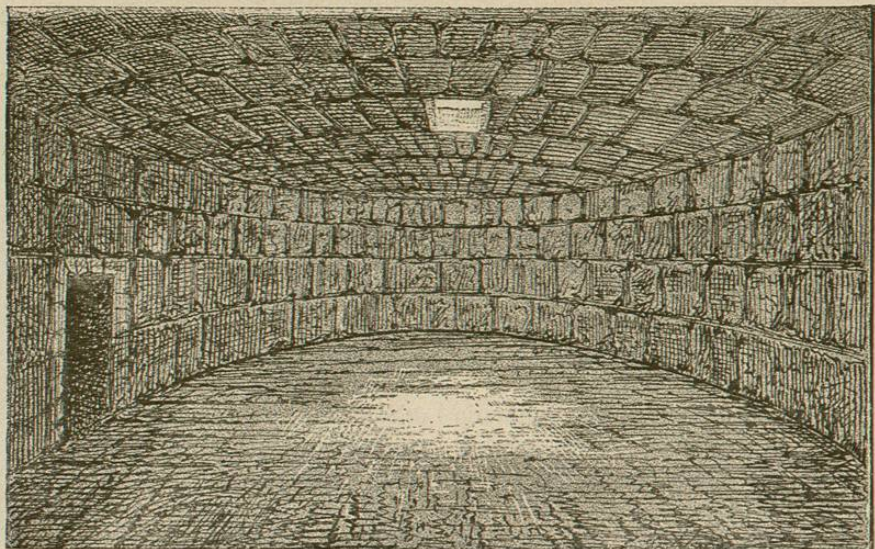
(3) De una moneda. Clarac: *Iconogr. roman.*, p. 1039, núm. 3205.



Sila (3)

(1) Sal., *Jugurtha*, 92-94.

cipes extraños, si bien procurando mantenerlos en su dependencia, hasta que le conviniera reemplazarlos con sus procónsules. Paciente porque se creía eterno, el senado romano contaba siempre con el tiempo en su política, lo cual le dió una gran fuerza. Esperando que llegue el momento de la anexión, la antigua provincia africana será como un foco, de donde la civilización romana irradiará sobre la Numidia, á la cual atraerá insensiblemente con los lazos invisibles de las costumbres y de las ideas: las ideas y las costumbres influirán poco á poco hasta en el bárbaro país de los moros.



El Tulliano (1)

num. ¡«Por todos los dioses! exclamó riendo, ¡cuán frías son vuestras estufas!» Seis días luchó contra el hambre (104).

Yugurta había tenido la audacia de luchar solo contra Roma y se había defendido con una destreza que hacía uso de todos los medios, del oro y del hierro, pero también con indómito valor. Sus vicios fueron los de su tiempo y de su naturaleza africana; su bravura, su perseverancia, sus prendas militares honraron su nombre y la raza, cuya existencia política pereció con él.

Nueve años después, observó el senado la misma conducta que en Numidia en otra región de Africa.

Entre el 8.º y el 18.º grado de longitud oriental, la costa de Africa se deprime en un vasto semicírculo, que llaman la región de las Sirtes; mar inhospitalario en que rara vez se arriesgan nuestros mismos barcos; costa estéril (2), cubierta

(1) El Tulliano (*Tullianum*) fué así llamado de Servio Tulio que lo abrió en la toba del monte Capitolino, acaso para hacer una cisterna: una fuente, el *Tulio*, fluye aún allí, y se sacaba el agua por la abertura que se ve en la bóveda. Más tarde se hizo de este subterráneo un calabozo. Los condenados eran introducidos con una cuerda por la abertura de la bóveda, y luego de ejecutados se sacaban con un garfio. Posible es que la portezuela que da acceso á una galería baja y subterránea sea de fecha posterior y sirviera para arrastrar los cadáveres al Tíber, cuando no eran expuestos en las gemonias, es decir en las *escaleras de los gemidos*, que conducían á la prisión de arriba. Los presos de Estado, no condenados á muerte, se ponían bajo la custodia de los habitantes de las ciudades municipales más fuertes de Italia.

(2) Excepto á orillas del Cinipe (*Wadi Quasam*) y á los alrededores de las tres ciudades de la Tripolitana: *Leptis magna*, Oea (Tripoli) y Sabrata.

Esta política expectante no arrastraba tampoco ningún peligro, porque no había en el mundo ningún Estado que pudiera aprovecharse de los golpes que Roma daba, ni sustituir su influencia, ni levantar lo que ella había derribado.

Mario entró en Roma con Yugurta el 1.º de enero de 104. Lejos de tener, como se dice, envidia á su cuestor, que no era entonces tampoco, sino un pobre personaje, lo asoció á su triunfo, dejando que distribuyera á los soldados medallas que representaban al cónsul en una cuadriga con este lema en el reverso: *L. Corn. Sylla proq.* Después del triunfo, fué arrojado el rey númida en el famoso *Tullia-*

de movedizas arenas, donde los nómadas maltratan sin piedad á los naufragos. Pero á los dos extremos de este semicírculo, se extienden dos regiones montuosas tan bien regadas como fértiles y productivas. Los fenicios tomaron una de estas regiones y los griegos la otra. Los romanos habían sustituido ya á los primeros y por testamento de Tolomeo Apión, rey de la Cirenaica, pudieron sustituir sin ninguna violencia á los segundos. Sin embargo, limitóse el senado á declarar libres bajo su protección á las cinco ciudades principales de este reino. Cirene y Apolonia que le servía de puerto, Barca, Arsinoe y Berénice. Y todavía les dejó el goce del dominio real, mediante un tributo, y no redujo el país á provincia romana hasta el año 75 para poner término á discordias intestinas.

No era sino una adquisición preciosa, como posición política, sin hablar de la importancia comercial de un país que suministraba á la exportación los productos de un suelo llamado el jardín de Africa y de un género especial, el silfio ó laserpicio, que se vendía en Roma á peso de plata. Desde la Cirenaica vigilaba Roma el Egipto, y desde la provincia africana la Numidia.

Leptis, situada en medio de la costa de las Sirtes, pero á la entrada de valles fertilísimos, había solicitado la amistad de Roma, durante la guerra núnida, y obtenido del cónsul Metelo una guarnición de cuatro cohortes ligurias. Esta plaza, casi á igual distancia de Cirene y de Cartago, unía estas dos posesiones de la república y completaba el bloqueo de toda la costa africana.

CAPÍTULO XL

LOS CIMBROS Y LOS TEUTONES (113-101)

I. — CREACIÓN DE UNA PROVINCIA ROMANA EN LA GALIA.

No bien había terminado la guerra núnida, cuando una formidable invasión de pueblos del Norte llevaba la consternación á Roma, y todos, pueblo y nobles, se reunían para elevar á Mario ausente á un segundo consulado.

Hasta entonces no se habían alejado los romanos de las costas del Mediterráneo, sólo habiendo llamado su atención y sus fuerzas los países que bañan sus aguas; ni siquiera habían sondeado con la mirada aquel mundo desconocido que se extendía allende los Alpes, como si hubieran sentido vagamente que en la oscuridad de aquellos impenetrables bosques se ocultaba para ellos un peligro tremendo.

Era en efecto otro mundo. Los Alpes que pueden considerarse como enlazados á los Pirineos por las Cevenas y al monte Hemo por las alturas de la Iliria y de la Macedonia, cortan en dos mitades el continente europeo. Al Sur de esta línea de 800 leguas, hay tres montañosas penínsulas, cuyos valles, fueron Estados antes que Roma; y al Norte se extienden y dilatan llanuras sin límites, cuna de grandes pueblos futuros. A orillas del Mediterráneo estaban los pueblos ibéricos, itálicos y griegos; las ciudades que brillaban con el esplendor de las artes y del comercio, los gobiernos republicanos, en una palabra, todo lo que se llama la civilización antigua; más allá de los Alpes, las tribus célticas, germánicas y eslavonas, la barbarie, los campamentos á la ventura, la vida errante ó mal asentada, la autoridad de los jefes, y en germen muchos usos y costumbres que heredarán la Edad media. Roma no hubiera querido pasar esta barrera, ni sus legiones hubieran tomado aun posesión de ellas. A pesar de una victoria de Apio Claudio (143) que había querido poner la mano en las minas y lavaderos de oro del valle de Doria Baltea, los salases permanecieron independientes, como lo eran todos los montañeses de los Alpes, y continuaron devastando con su bandolerismo los valles traspadanos. Para poner término á estas correrías, fundaron más tarde los romanos (100) un establecimiento militar en *Eporedia* (Ivrea) á la entrada del valle de Aosta y en el arranque de los dos pasos importantes de los Alpes, el Grande y el Pequeño San Bernardo. Pero los salases no serán definitivamente condenados al reposo hasta el tiempo de Augusto.

Sin embargo, el senado fué poco á poco impelido á salir de esta reserva y á atravesar esta línea. Para ello era preciso abrir al Este y al Oeste un camino seguro de Italia á Grecia y á España, y proteger contra las agresiones de los montañeses á los aliados de Roma, situados á lo largo de este doble camino. Tal fué el objeto de las expediciones de Marcio Rex, á los Alpes marítimos contra los estenos, de los que ni uno solo se dejó coger vivo (118), y de Emilio Escauro contra los carnios de Venecia (115); de muchos cónsules contra los pueblos enemigos de los masalotas; en fin, de Porcio Catón contra los escordiscos de los Alpes ilirios (Bosnia y Servia), pueblo salvaje que no hacía pri-

sioneros, que bebía en el cráneo de sus enemigos y mutilaba sus cadáveres. Catón pereció con todo su ejército y los bárbaros extendieron sus estragos por toda la Iliria (114).

El Adriático atajó sus pasos y en su cólera descargaron sus flechas contra las ondas y luego recorrieron todos los países al Norte de la Grecia. Pero en la Macedonia y en la Tracia encontraron legiones mejor conducidas, que poco á poco los fueron rechazando hacia el Danubio (1). Estos triunfos y la sumisión de los carnios por Escauro, aseguraron á los romanos la barrera de los Alpes orientales, mientras el exterminio de los estenos les abrió los Alpes marítimos (118). Ya hacía siete años que habían puesto el pie más allá de estas montañas.

Gracias á la prudencia de un gobierno, que bajo ciertos aspectos recuerda al de Roma, Marsella vivía próspera y feliz hacía cuatro siglos. La ruina de la Etruria, Magna Grecia y Cartago, había hecho de ella la más grande y floreciente ciudad comercial de todo el Occidente. Por eso cultivaba con el mayor cuidado la amistad de un pueblo que había derribado á sus rivales y le abandonaba la mar. Pero, como Venecia, no se contentó Marsella con reinar en las aguas, sino que quiso también tener provincias, y también como Venecia, perdió en el empeño sus tesoros, primero, y después su libertad. Toda la costa, desde los Pirineos hasta los Alpes, desde Ampurias hasta Mónaco, estaba cubierta de factorías suyas; pero estos lugares de cambios pacíficos estaban rodeados de pueblos belicosos que habían tenido con sus vecinos galos sangrientas refriegas. De ellas queda un curioso recuerdo, tres piedras cuadradas descubiertas en Entremont, cerca de Aix, que tienen bajo relieves en tres de sus faces. Es el más antiguo monumento de la escultura gala, pero con sus cabezas cortadas y gesticulantes, revela muy bien un arte bárbaro y costumbres feroces.

Marsella tuvo á menudo que quejarse de semejante vecindad, y sus colonos hubieron de provocar con sus continuas usurpaciones más de un alzamiento en armas entre los ligures, cuyas consecuencias tenían muy luego que sufrir. Para poner término á estos conflictos, recurrió Marsella al senado, pero habiendo sido rechazado y aun herido un diputado romano que quiso desembarcar cerca de Antibes como árbitro, el senado envió un ejército contra los oxibios y los deceatas. Estos pobres montañeses no pudieron hacer frente á los legionarios y se vieron precisados á entregar las armas con rehenes, y á pasar á la dependencia de la ciudad focense.

Nuevas quejas trajeron por segunda vez á las legiones contra los salios (125). Fulvio Flaco, el amigo de los Gracos, y después Sextio los batieron haciéndoles entrar en

(1) Un Metelo (113), Livio Druso (112) y Minucio (109) los expulsaron de la Tracia. (Clinton, *Fasti Hell.*) Sobre una invasión gala en Macedonia, en 117, véase: *Comptes rendus de l'Acad. des inscr.*, 1875, p. 78. Al norte de Aquilea había ricas minas de oro, que atraían á los italianos (Strab., IV, p. 208).